

PRESENTACIONES DE P&S

PRESENTACIONES DE LIBROS ORGANIZADAS POR *POBLACIÓN & SOCIEDAD*

Organizado por *Población & Sociedad* el 11 de agosto de 2004 se llevó a cabo la presentación del libro *La Argentina en la Escuela. La idea de Nación en los textos escolares*, publicación coordinada por el Prof. Luis Alberto Romero. Como comentaristas participaron la Dra. Susana Maidana, la Mg. Clotilde Yapur y el Dr. Daniel Campi. Al finalizar dirigió unas palabras el Prof. Luis Alberto Romero.

El 21 de Octubre de 2004 *Población & Sociedad* organizó la presentación del libro de Raquel Gil Montero, *Caravaneros y trashumantes en los Andes meridionales. Población y familia indígena en la puna de Jujuy. 1770-1870*. Participaron como comentaristas la Mg. Estela Noli y el Dr. Pablo Paolasso.

Luis Alberto ROMERO, (coord.), *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares*, Siglo XXI, Bs. As., 2004.

Susana Maidana

El libro tiene una importancia bifronte: por un lado, su coordinador, Luis A. Romero, es una figura relevante que ha marcado una línea en el campo de la investigación histórica y, por otro, la trascendencia e impacto de una propuesta que pretende reflexionar sobre la enseñanza de la historia, la geografía y el civismo y ver en qué medida estos saberes han contribuido a tejer la noción de identidad nacional según la asume el sentido común, en momentos de una gran crisis en el sistema educativo nacional.

Desde un punto de vista filosófico, el libro nos instala en una polémica de vieja data, reactualizada en el presente, que versa sobre el estatuto de la realidad natural y social. En ella se confrontan dos perspectivas, la primera que llamaré metafísica afirma que hay un mundo externo constituido por sustancias independientes del sujeto al punto que los valores del bien, la belleza, la verdad cobran entidad sustancial. La segunda, que llamaré lingüística, sostiene que la realidad reconoce la huella del sujeto; en otros términos, que está estructurada lingüísticamente, a

partir de las significaciones que el hombre otorga a las cosas, sin despojarlas de estatuto real. Esta última postura es defendida por la filosofía del lenguaje actual, que considera que la trama de la cultura se teje con los hilos de las diferentes formas de vida, cada una con sus propias reglas y códigos.

Me permito aventurar que en momentos de definir la identidad nacional, los autores se instalan en esta segunda línea. Mi propósito es, pues, escudriñar en las páginas del texto para señalar cuáles son los supuestos filosóficos que las animan.

Una de las ideas, a mi criterio, más sugerentes, es la de mostrar cómo las imágenes de la Argentina y de los argentinos que circulan en los manuales y que vertebran el sentido común son el producto de una construcción que, una vez cristalizadas, asumen un carácter natural.

El sentido común no es un mero espejo que transparenta una realidad en sí misma, terminada y acabada sino que se constituye a partir de determinadas matrices ideológicas, creencias, ideas, prenociones, a través de

las cuales los hombres comprenden el mundo. Ahora bien, es tal su adherencia que esa trama producida y construida socialmente aparece como algo dado, como una naturaleza, como una cosa.

Igualmente, desde un punto de vista filosófico, el término de "identidad" conlleva la idea de algo permanente, constante, casi sustancial. Su origen se remonta a las reflexiones de Parménides, un filósofo griego presocrático, que afirmaba que lo único que existe es el ser, único, inmutable y eterno, negando el cambio y el movimiento. Ahora bien, hay otra concepción de identidad como resultado de una construcción lingüística toda vez que es el sujeto quien da sentidos a la realidad, sin que ello signifique negarle entidad ontológica y reducirla a una mera ilusión.

La escuela argentina, a partir de los manuales y de los textos, reproduce una esencia de argentinidad, sin investigar cuáles han sido las condiciones de su producción.

La historia se nutre del nacionalismo militar católico que, a su vez, se apoya en los principios filosóficos de la tradición aristotélica tomista. En el caso de la geografía, el regionalismo y la geopolítica aparecen como los modos de considerar el estado desde el punto de vista del terri-

torio, independientemente de los factores sociales que han incidido sobre él. Por su parte, el civismo es un fenómeno más complejo, en el cual las nociones de sociedad y estado se fundamentan, paradójicamente en la confluencia del tomismo con el constitucionalismo liberal, sin lograr construir un sentido común homogéneo. El texto dice: "El principio de nacionalidad se apoya en un supuesto categórico, la inmanencia y la transparencia de la nacionalidad". Hablar de nacionalidad implica, pues, pensar la identidad como algo inmanente, autosuficiente e independiente. En este sentido, adquiere los caracteres de la esencia, que es transparente a la inteligencia. Constituye un término unívoco, sujeto a una sola interpretación y que se distingue y separa respecto de lo diferente.

Según este marco conceptual, la historia se reduce a ser una mera epopeya patriótica, ajena a los vaivenes económicos, políticos, sociales y a las urgencias de la vida cotidiana. La nación, concebida como entelequia, permanece sin contaminación alguna con la historicidad, que es la dimensión propia de la condición humana.

Mención aparte merece la enseñanza del civismo, cuyo objetivo es doble: hacer conocer las instituciones del estado y conver-

tir al alumno en un verdadero argentino, ajustado a un modelo ideal, devenido en una suerte de sustancia inmutable. Aquí me permito señalar que el concepto mismo de hombre es definido en la bibliografía escolar como persona, según una tradición que se remonta al siglo XIII.

Es en las cuestiones que conciernen al estado, a la política, a las formas de ejercer el poder, en los cuales se adivinan las huellas de la filosofía tomista y cristiana, proclive a plantear una ética, opuesta a los valores individualistas, materialistas y colectivistas, que se constituyen en lo otro amenazador de la propia identidad. Este matiz ideológico explica el peso de la enseñanza religiosa, uno de los temas —no por casualidad— más discutidos en la elaboración de la Ley provincial de Educación de Tucumán, actualmente.

El patriotismo y el sentido de los símbolos patrios adquieren también un nivel de esencialidad y eternidad no contagiado por la diversidad de los grupos humanos que constituyen a las sociedades multiculturales actuales y las conmemoraciones se ritualizan y pierden su carnadura real.

“La sociedad se concibe —comenta el texto— como una progresión jerárquica de instituciones naturales, que comienza por la familia y termina en la nación.”

Estas formas de concebir a la nación y al estado, como productos de una evolución natural recogen la formulación aristotélica y olvidan que las teorías políticas de los siglos XVI y XVII suponen un comienzo artificial y convencional de la sociedad civil, cuyo origen se debe a un Pacto o Contrato y que, lejos de ser productos de un desarrollo natural, requieren de un consenso. La familia se define también como una comunidad natural homogénea y permanente en el tiempo.

A una identidad nacional esencial y sustancial, con una función homogeneizadora, le corresponde un hombre argentino ideal, diferente de los otros.

Esta trama conceptual conduce a una visión maniquea que separa a los mismos de los otros; a buenos, de malos; a cristianos, de ateos. Si bien los textos escolares abundan en declaraciones sobre la importancia de la libertad, del espíritu tolerante, suscriben al mismo tiempo una concepción metafísica de la sociedad y del hombre que perdura más allá del paso del tiempo y de las transformaciones políticas y sociales.

Los autores reconocen que, si bien a partir de los años 80 se produjeron cambios editoriales y nuevos enfoques, las cosmovisiones esencialistas siguieron marcando a la literatura escolar.

Respecto de los fundamentos filosóficos que subyacen en las disciplinas estudiadas, quisiera incorporar una perspectiva no prevista en el texto: en la educación argentina conviven dos epistemologías de signo contrario, la metafísica aristotélicotomista y el positivismo. Paradójicamente, el positivismo se ha caracterizado por su crítica a la metafísica y por haber erigido a las Ciencias de la Naturaleza y a sus métodos en paradigmas del conocimiento. La pervivencia de estos dos enfoques antagónicos se explica en que ambos se fundamentan una concepción metafísica de la realidad social, a pesar de los intentos positivistas de erradicar a la metafísica.

La originalidad del libro reside en su mirada multidimensional, crítica y lúcida, que toma distancia del pensamiento simplificador para comprender la complejidad de las ideas de patria, nación, identidad, argentinidad.

Reconoce que dichas nociones no son vestimentas que los hombres pueden ponerse ya hechas y terminadas, sino que son el producto de un consenso, de una construcción social, siempre abiertas y provisorias.

Muy seguramente, el impacto del texto, que opera como el agujijón socrático de conciencias –por su poder de destruir mitos– redundará en nuevas propuestas educativas que, a su vez, contribuirán a evitar la violencia y los fundamentalismos, moneda corriente en la historia de nuestro país.

La claridad expositiva y el estilo ameno se conjugan con un tratamiento riguroso de los temas, que muestran el trabajo de un equipo de investigadores comprometidos con una nueva forma de concebir la historia, la geografía y el civismo acorde a los nuevos paradigmas científicos y culturales.

María Clotilde Yapur

El libro que comentamos expone una investigación coordinada por Luis Alberto Romero cuyo equipo está conformado por Luciano Privitellio, Silvina Quinte-

ro e Hilda Sábato. Es una investigación necesaria y relevante sobre ideas contenidas, transmitidas, vehiculizadas a través de los textos escolares. La idea de

nación domina la indagación. El que sea una investigación nos indica:

- a) Un punto de vista teórico y epistemológico sustentador de la investigación.
- b) La recolección y análisis de los datos da cuenta de un período, la segunda mitad del siglo XX, en dos ámbitos culturales distintos y convergentes, Por un lado, el ámbito de la investigación histórica y geográfica, y, por el otro, el ámbito de los procesos educativos formales, en el cual los textos escolares juegan un papel importante en la conformación de la subjetividad.
- c) Las conclusiones dan lugar a “aperturas”. Sólo leer el índice de esas aperturas es un convite genuino para la acción educativa y la producción cultural.

Dada mi condición de pedagoga, voy a hacer una lectura didáctica. Y esa lectura sitúa al libro de texto, a los textos escolares, en un espacio definido –la escuela y el aula–, y en un triángulo interactivo: docentes, alumnos y conocimiento. En ese triángulo, los libros están en el vértice correspondiente al conocimiento, más aún son elementos críticos de información en Historia, Geografía y Educación Cívica, pues en ellos “están” los conocimientos. Los docentes ha-

blan y son hablados por esos textos; explican y son explicados por esos textos. La práctica de aprendizaje dominante consiste en la “repetición” más o menos fidedigna de los textos, sean éstos fragmentados por las “guías de estudio” o directamente memorizados. Las prácticas alternativas, en alguna medida constructivistas, toman al libro de texto como información sujeta a análisis y evaluación de los propios discursos elaborados por los alumnos en su proceso de construcción de sentidos, o de resignificación.

Típicamente, los textos escolares se identifican como “recursos” o “medios” o “materiales”. Recursos o materiales ¿para qué? para que los docentes desarrollen su enseñanza y estimulen el aprendizaje de los estudiantes. Supuestamente, los textos de Historia, Geografía y Educación Cívica estimulan el aprendizaje, ¿de qué?, de la conciencia histórica, del dominio de las categorías nobles de la razón, tales como espacio y tiempo, categorías que resultan elementos clave para la formación de la identidad sociocultural. También se habla actualmente de las “competencias” históricas, las alfabetizaciones modernas, la nueva ciudadanía. En suma,

parafraseando a Mafalda, la identidad, la conciencia histórica, el dominio del tiempo y espacio, la ciudadanía, ¡"pavada" de aprendizajes y de logros!

Distinguidos pedagogos argentinos y españoles consideran al currículum como el proyecto cultural que una determinada sociedad plantea para la escuela. En este marco, el libro coordinado por Luis Alberto Romero constituye una fuente principal para el develamiento de construcciones imaginarias que durante más de medio siglo dominan o más propiamente hegemonizan los contenidos culturales, particularmente los referidos a nación, patria, sociedad, cultura.

En los libros de Historia, Geografía y Educación Cívica se ha ido forjando la identidad argentina y visto didácticamente, ellos han constituido el casi exclusivo mecanismo de unión entre los planes y programas de estudio y los concretos procesos de enseñanza. Cuando los alumnos estudian, hacen guías, responden cuestionarios, exponen o sencillamente dan un examen, se está "cerrando" el currículum formulado, ideado y pensado a nivel nacional. Se trata de la lógica correspondiente a la transmisión o apropiación de conocimientos, según los procesos que se sigan. En cambio, la lógica de los libros

de texto se vinculan con la producción simbólica, regida no sólo por las ideologías dominantes sino por el mercado. Las propuestas editoriales juegan un papel clave en la medida que el profesorado requiere del libro como forma de concretar su enseñanza, o sea, cuando éste no tiene una formación académica suficiente que le permita elaborar sus propias versiones. A partir de la sanción de la Ley Federal, se visualiza otro triángulo, aquel cuyos vértices son la educación (destinatarios), la cultura (producción intelectual) y el comercio (las editoriales).

Entre los muchos méritos que presenta esta obra, quiero destacar en primer término –valga la redundancia– el primer capítulo en el cual se establece la relación entre textos escolares y el sentido común. Cito la contratapa. "Ellos nos inculcaron la idea de que la nación existió desde siempre, incluso antes del 25 de mayo". Aparte del provecho cronológico: libertad, independencia, consolidación y proyección continental, el 17 de agosto, esta idea perenne de nación me recuerda un fragmento de la Fundación Mítica de Buenos Aires de Jorge Luis Borges: "A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires. La juzgo tan eterna como el agua y el aire".

El segundo mérito es la estructura del libro. El primer capítulo presenta una síntesis de toda la obra. Los capítulos dos a cuatro desagregan los temas por disciplinas. El cinco analiza la renovación editorial y los nuevos enfoques; y el seis es un balance y abre las posibilidades del porvenir.

El tercer mérito que le encuentro es la vinculación entre la constitución de la disciplina – Civismo, Historia y Geografía argentinas–, las concepciones teóricas y las producciones educativas. En mi opinión se trata de una epistemología de las ciencias sociales “aplicada”, porque su análisis y recorrido en la construcción de los objetos de conocimiento, tienen un correlato en la práctica formadora de ciudadanía. Los autores no realizan sólo una reflexión epistemológica académica, sino que proponen el develamiento de la conciencia y de la identidad de nosotros, los argentinos. En clave didáctica, esto significa que la construcción teórica de un objeto de conocimiento y sus orígenes fundacionales e inaugurales así como sus núcleos duros de resistencia y conservadurismo tienen efectos persistentes en los procesos educativos.

En este sentido es un libro evocador. La tapa me remite a

mi escuela primaria, me hace saltar cincuenta años atrás, con los moños, los delantales, los mapas mudos. El método “desde – hasta” de los libros de Astolfi e Ibáñez, Daus y Rampa 1956 y los recursos didácticos fundamentales: pizarrón, tiza y saliva, sin olvidar el puntero, irrumpen en la conciencia.

En el libro se señala la importancia de realizar estudios concernientes a las maneras “cómo los alumnos reciben, decodifican y resignifican los mensajes, básicamente uniformes, transmitidos por los libros de textos”. Se puede considerar ésta una apertura temática hacia el porvenir. Es el convite del que hablábamos al comienzo.

Considero este libro de “lectura obligatoria” para profesores en Ciencias Sociales y pedagogos. Su índice es alusivo y convocante. La precisión de los títulos de los capítulos es envidiable: Los textos de Historia, el relato del pasado, los textos de Geografía, un territorio para la nación, los textos de civismo, la construcción del argentino ideal. A partir de su lectura se imponen algunos interrogantes. ¿Podremos cambiar esta historia signada por las efemérides patrióticas por una construcción de identidad y civismo democrático y pluralista? ¿Una noción del es-

pacio social, que supere la de territorio? ¿Una democracia con deberes, derechos y obligaciones que sean patrimonio de todos, con nuestras diferencias, conflic-

tos y consensos? Este libro invita a esta empresa, puesto que sugiere que vale la pena intentarla.

Daniel Campi

Celebro la aparición de *La Argentina en la Escuela* de Luis Alberto Romero y colaboradores. Aunque no son una novedad las preocupaciones y análisis sobre la naturaleza de los contenidos impartidos a través de la manualística escolar, el libro constituye el primer esfuerzo sistemático en esa dirección en nuestro país y plantea la necesidad de una reflexión y un debate serios sobre la cuestión. Seguramente ayudará a que la discusión se instale en la opinión pública, por lo menos entre los docentes, alentando una visión crítica de su práctica profesional.

Ante la imposibilidad de referirme a tantas e importantes cuestiones, me ocuparé sólo de dos de ellas y cerraré el comentario con dos preguntas. La primera cuestión es la de los usos públicos de las construcciones sobre el pasado; es decir, de la historia, de la historia como disciplina, lo que remite a un problema más general, el de la compleja relación entre ciencia, so-

ciudad y política. La segunda cuestión se refiere a las derivaciones políticas negativas de las visiones sobre el pasado instaladas en el “sentido común”, en particular, la mentalidad intolerante y autoritaria que ocasionó tantas desventuras a los argentinos en las últimas décadas.

Los usos públicos de la historia: se trata de una discusión que se viene desarrollando desde hace varios años en la mejor tradición historiográfica occidental. Al respecto, las observaciones e investigaciones sobre el tema han puesto en evidencia que la historia (la historia con pretensiones de científicidad) sigue siendo una gran constructora de mitos; que sigue siendo esencial en la construcción de identidades (en la “invención de tradiciones”); y que esas funciones las cumple asociada (o al servicio de) estructuras estatales (pero no sólo a ellas). Al respecto no está de más recordar que las construcciones del pasado producidas por los historiadores han sido claves en

los procesos de construcción de los estados nacionales; clave en la “pedagogía cívica” que definió lo que se llama “conciencia nacional” y del concepto de ciudadanía asociada a la misma. En ese sentido, la expansión y profesionalización de la disciplina (la historia con pretensión y con prestigio de ciencia) nació ligada y al servicio del Estado-Nación en el siglo XIX.

En tal sentido, quizás corresponda remarcar que lo señalado con acierto en el libro de Romero y colaboradores (los relatos que contra toda evidencia empírica plantean la existencia de la nación como una entidad ahistórica, de rasgos esenciales, preexistente al Estado) no es una creación argentina. La idea que no pudo ser, editar los resultados de la investigación relativos el caso chileno, confirmaría ampliamente esto.

Las derivaciones políticas negativas de las visiones sobre el pasado instaladas en el “sentido común”: En la Argentina, como en tantos otros países, las construcciones sobre el pasado tuvieron fuerte incidencia en la definición de la identidad. El texto llama la atención sobre la construcción de una identidad blanca (en todo caso “criolla”, luego apuntalada por el proceso inmigratorio) que sería clave en la idea de la excepcionalidad argentina en

el contexto latinoamericano. La idea de que somos “europeos en el exilio” o que “descendemos de los barcos” agregaría a este desquite (consistente en desconocer otras tradiciones culturales, la indígena, la afro, la mestiza, etc.) un nuevo condimento que hoy no deja de ser un obstáculo, por ejemplo, en el proceso de construcción de un espacio económico, social y cultural común de los países de América del Sur —el Mercosur—, pues ocasiona muchos prejuicios en nuestras cancillerías, por ejemplo el prejuicio “antibrasileño” en la cancillería argentina (que he podido comprobar personalmente en charlas con algunos diplomáticos y que en el Brasil se corresponde con el prejuicio “antiargentino” de Itamaraty, reconocido públicamente por un embajador de ese país en Buenos Aires).

Pero asimismo, las visiones del pasado difundidas por la manualística escolar tuvieron incidencia en la conformación de la mentalidad intolerante y autoritaria que nos ha ocasionado tantos infortunios. Como queda claro en el libro, esto tiene que ver con el surgimiento de la nación asociada a una heroica gesta militar. Según mi punto de vista, tiene que ver también con la transmisión de mensajes de intolerancia, por sobre todo en lo referente a los mecanismos de resolu-

ción de conflictos internos. Tuvi-
mos y tenemos problemas por la
distorsionada y negativa visión
del “otro” extranjero; pero quizás
más por la negativa visión del
“otro” cultural que forma parte de
nosotros, de las tradiciones cul-
turales que rebasan lo criollo y lo
blanco, cuya presencia habría
atentado –según las visiones del
pasado internalizadas en el “sen-
tido común”– contra la construc-
ción de la nación civilizada que
se avizoraba a fines del XIX.
Quizás una investigación en esa
perspectiva agregue más ele-
mentos a los fundamentales
aportados por la obra de L. A.
Romero y colaboradores.

Las preguntas: Está claro que
no deja de haber una conexión
entre los desarrollos historiográ-
ficos que tienen lugar en la aca-
demia y los contenidos que se
divulgan en la escuela. Pero esa
conexión requiere de mediacio-
nes que son complejas. Al res-
pecto me pregunto: ¿cómo “ba-
jar” a la escuela los “desarrollos
de punta” (por llamarlos de algún
modo) que producen nuestros
historiadores? Porque aunque
mucho esfuerzo se ha hecho en
esa dirección (los manuales es-
colares de hoy son mucho mejo-
res que los de hace 25 o 30 años),
creo que todavía los resultados
distan de ser plenamente satis-
factorios.

Quizás eso tenga que ver con
el segundo planteo abierto que
hago, con mi segunda pregunta.
La historia se construye a partir
de diferentes coordenadas, una
de ellas la idea de futuro, de un
futuro deseable. Esa idea de un
futuro fue clave en algún momen-
to de la historiografía argentina,
le dio coherencia y se proyectó
en una visión de conjunto que
otorgaba sentido a las diferentes
cuestiones y acontecimientos tra-
tados. Hoy, y como resultado de
la renovación que cobró impulso
a mediados de los ochenta, los
historiadores argentinos han in-
novado mucho, han abierto mu-
chas perspectivas, han plantea-
do un sinnúmero de nuevas cues-
tiones.

La historia argentina de los
historiadores de hoy es mucho
más compleja y rica en matices
que la de hace 30, 40 o 50 años.
Sin embargo –como contraparti-
da y a diferencia de lo que suce-
dió hasta los años sesenta– la
historiografía argentina de hoy no
ofrece visiones generales. O, di-
cho de otro modo, el énfasis de
la tarea de los historiadores pasa
por otro lado. ¿Comparten nues-
tros historiadores una idea de fu-
turo, de un futuro deseable para
los que habitamos este suelo?
¿La tenemos hoy los argentinos?
¿Forma parte de nuestro “sen-
tido común”?

Raquel Gil Montero, *Caravaneros y trashumantes en los Andes Meridionales. Población y familia indígena en la puna de Jujuy, 1770-1870*, Lima, Perú, 2004.

Estela Noli

El libro expone una investigación dedicada a la estructura y a la dinámica de la población, centrada en las familias puneñas durante un siglo. Está organizado en cuatro capítulos: contexto, la economía campesina, la familia indígena y cambio y adaptación. Cada uno de ellos presenta un marco teórico-metodológico de los problemas que aborda con discusión actualizada. La densidad teórica y de investigación requería, para realizar una aproximación sistemática, de un estudio que no creo sea ésta la oportunidad de realizarlo.

Trataré aquí dos aspectos que atraviesan la obra, la temporalidad y el uso de fuentes, y realizaré algunas observaciones sobre un tema ineludible en los estudios puneños: la continuidad de una cultura de la movilidad.

La cronología del libro abarca el estudio de la familia puneña y su contexto desde 1770 hasta 1870. Si lo pensamos en clave de historia “nacional”¹ desde el

¹ Las comillas se justifican por la discusión que sometió la historiografía a la perspectiva totalizadora centrada en los acontecimientos políticos y en la dinámica capitalina.

Virreinato a las puertas de la república conservadora y el modelo agrario exportador. Pero el espacio en el que ha transcurrido ese tiempo, la puna jujeña, y el objeto de estudio, la familia: esos vínculos sociales y jurídicos cambiantes y a la vez de larga duración, dan al tiempo del estudio un espesor diferente de esos años en que los que se ha concentrado el imaginario de la construcción de la patria criolla. Tan vertiginosos que se inician con las reformas borbónicas en el imperio colonial español, seguidas por los movimientos independentistas y la guerra revolucionaria, las disputas ideológicas con el ingreso de las ideas de la ilustración tardía y la persistencia y reformulación de modelos conservadores, que desembocaron en las guerras civiles. En esta línea de pensamiento histórico, cambio político que define las coyunturas, la centuria elegida se cierra con la emergencia de un grupo de poder que impone su hegemonía y emprende la construcción del estado – nación, proceso en el que entre otros imperativos se torna urgente la

delimitación de fronteras para lograr la incorporación plena al capitalismo periférico, con su secuela de guerras entre las nuevas repúblicas y de conquista militar de los territorios de autogestión indígena.

Y no es que en la puna jujeña esta historia "haya pasado de largo", tuvo incidencia y mucha. Pero, en una historia regional, cada una de las coyunturas tuvo un peso distinto y es posible conocer estos procesos desde una posición distinta y reveladora. No quisiera que se entienda que hablo de un tiempo folklórico, inmóvil. Todo lo contrario, la familia indígena de la puna jujeña se hace "visible" a partir de la política de empadronamientos quinquenales puesta en marcha por los Borbones. La puna jujeña no sólo no desconoció la guerra; fue frente y frontera. Ahí se alistaron ejércitos formados por indios, muchos de ellos sospechados de traidores; sangría compulsiva que afectó a las familias. Aquí se nos devela la atmósfera turbia de las fronteras en la guerra de la independencia, de los prejuicios de los generales patriotas hacia la gente puneña, "indios", ampliando y haciendo más complejas las imágenes de los procesos de emancipación. También las guerras de las repúblicas independientes hicieron su presa de la gente y recursos puneños.

Pero el enfoque regional y de larga duración permite observar otras coyunturas tan incisivas como aquellas, como las sequías y las epidemias, así como variadas respuestas que remiten tanto a la continuidad como al cambio.

En estos tiempos, Gil Montero ha hecho foco en la familia; las preguntas han sido guiadas con el paso de la demografía y la voz de la antropología. El tratamiento del tema con esta estrategia de cruce disciplinar, la llevó a cuestionar las categorías universales, es decir etnocéntricas, y le ha permitido construir un texto poroso, de narrativa fluida, en el que, además de la línea argumental que cohesiona el relato, se asoman cuestiones que permiten abordajes diversos.

Para darle catadura, rostro, nombres a los datos de las encuestas que, a través de sus escuetas numeraciones, dejan ver gente; para poder definir conceptos como hogar y residencia, la autora se ha preguntado qué quieren decir estas nociones en la puna. Resultaron valiosos los trabajos actuales de antropología pero, a partir de su propia investigación en documentación histórica, le ha dado anclaje en el tiempo de su estudio. Aquí el abordaje realizado con el método indiciario propuesto por Carlo Guinzburg sobre documentación

judicial criminal le ha permitido pensar la perspectiva local, para interpretar la información demográfica de fuentes estadística y proto-estadísticas.

Quisiera detenerme en la calidad y riqueza de las fuentes cualitativas utilizadas: los expedientes de la justicia criminal. Los historiadores conocemos las posibilidades y límites de estos registros. Se ha notado que ellos tratan hechos excepcionales que, por eso, carecen de representatividad. Pero también, que el tipo de testimonios que reúnen, permite el ingreso a realidades opacas en otras fuentes: la intimidad de las situaciones en las que han ocurrido los crímenes o delitos que se investigan. Situaciones que, a pesar de la interferencia de la traducción en el caso de minorías étnicas, están narradas por los actores locales. La documentación penal, como un tajo, muestra la intimidad de la vida cotidiana. Como aquellos vecinos que en tiempos pasados, hace unas décadas atrás, entraban a las casas cuando estas se abrían en ocasión de algún velorio, no tanto para saber las cuestiones inherentes a la muerte, sino para mirar todo aquello que no conocían de sus vecinos: los muebles, la cantidad de habita-

ciones, la vajilla, los parientes lejanos y tantas otras cosas más. Así los historiadores miramos lo que rodea al crimen para comprender y conocer parentescos y sociabilidad, religiosidad, hábitos de residencia y la cultura material, entre otras muchas cuestiones que pueden interesar. Para estudiar élites, se puede acceder a la fría enumeración de testamentos e inventarios, pero las investigaciones de sectores subalternos no tienen esa chance, es entonces cuando la fuente judicial criminal adquiere un valor inestimable.

Pero, además de estas condiciones, que son comunes para investigaciones en diferentes regiones y tiempos, Gil Montero ha accedido a ricos repositorios, trabajando con sutileza y sofisticación la interpretación de estos testimonios. Quiero detenerme en el modo como ha construido la comunicación de su pesquisa. Ha seleccionado citas largas y claras, las que están explicadas críticamente en su contexto de producción. Normalmente tenemos un poco de antipatía por las citas largas, pero aquí no saturan la narrativa y son verdaderamente maravillosas, llenándonos de historias puneñas; sustentando no sólo la argumentación de hipótesis, sino también abriendo ventanas a una cultura.

Cito una de ellas:

“[...]se marchó la declarante a pacentar el ganado y que le siguió Vivas a poca distancia, que salieron y le quitó a la declarante una bolsa de coca y ella le arrebató el poncho y después continuaron al campo hasta tomar altura, antes de esto se separó el tal Vivas y volvieron a reunirse y permanecieron en dicha altura [el marido los alcanza arriba] [...] y enseguida le tiró una piedra al dicho finado quitándole el sombrero [...] y que sólo se afirme que había muerto con el viento.” (Pág. 192)

Un apartado importante es el dedicado a la movilidad de la población puneña, cuestión central que la autora ha elegido expresar en el nombre del libro: “Caravaneros y trashumantes”. En el capítulo referido a la economía campesina, se analiza la movilidad en la estructuración económica y social, y las diversas prácticas que la caracterizan: de larga distancia –caravaneo–; de corta y media distancia –tras-

humancia pastoril–. (Pp. 143-163) Así también como la inscripción en el espacio de este aspecto de la cultura, a través del patrón de residencia múltiple. Pero más allá de estar claramente presente en estos contenidos, *todo* el libro habla de gente que se mueve *todo* el tiempo. Así, tratando temas como herencia, matrimonio, relaciones extramatrimoniales, los testimonios hablan de personas que esta viniendo, llegando, saliendo, viajando; es decir, en un constante gerundio. Como hemos señalado, las fuentes cualitativas son las judiciales del fuero penal; así el crimen, el incesto, el adulterio ocurren a la par del ajeteo de las personas, los animales y las cosas.

Finalmente, el libro puede ser valorado como una obra de referencia para los especialistas de temas andinos y específicamente puneños, pero también para un público más amplio, pues no sólo nos presenta un tema, una investigación, sino también un mundo.

Pablo Paolasso

En este libro, Gil Montero se ha propuesto estudiar la familia y la población en la puna jujeña entre 1770 y 1870, un período de transición en ese espacio. A lo largo de esos cien años, una población que era importante desde el punto de vista económico y demográfico, fue paulatinamente perdiendo volumen. Tal como lo demuestra la autora, las tradicionales explicaciones que vinculan a esta pérdida de preeminencia con el surgimiento de los ingenios azucareros en los valles tropicales, no explican suficientemente el fenómeno, el cual se relaciona más bien con una serie de factores naturales, sociales, económicos, políticos y demográficos.

Se aborda así el problema desde la perspectiva de la territorialización del espacio puneño, de las diferentes formas de ocupación del mismo, que fueron, por otra parte, cambiantes en el tiempo.

A lo largo de su trabajo, Gil Montero muestra de qué manera se despliegan diferentes tipos de flujos en el espacio (de ganados, de trabajadores, etc.) y cuáles son las estructuras que posibilitan o permiten el desplazamiento de tales flujos; busca aprehender cómo ha sido ocupado el

espacio tanto por sus construcciones como por sus actividades, pero revela también de qué manera la sociedad (un grupo o a veces los individuos) domina la organización y el control del espacio, así como la forma en que se reparten los recursos o se generan nuevos usos de los mismos.

Todos esos factores, se ha demostrado ya en otras investigaciones, no son independientes entre sí, y además se encuentran fuertemente condicionados por los caracteres culturalmente objetivados que posee el medio natural –restrictivo de por sí– para los diferentes grupos humanos que habitaban el espacio puneño.

Se tiene en cuenta, de ese modo, cómo se despliegan – como resultado de diferentes prácticas sociales, de formas de interpretar la naturaleza– las prácticas materiales espaciales, las cuales median las relaciones existentes entre la sociedad y la naturaleza.

La articulación de esos elementos, esencialmente cambiante a lo largo del tiempo, fue la que definió las diferentes formas de territorialización del espacio puneño.

Debe decirse, sin embargo, que por momentos el enfoque se torna excesivamente determinista al otorgársele a los factores ambientales un rol preponderante en la anemia demográfica que sufrió la comarca puneña. Si eso fuera así ¿cómo se explicaría que en el momento previo a la conquista por parte de los Incas o de los colonizadores españoles la ocupación del espacio fuera más rica y más densa?

En efecto, en el momento previo a la llegada de los incas, se dio en la puna el clímax de su desarrollo agrícola, ganadero y demográfico. Los incas y fundamentalmente los españoles produjeron una importante desestructuración territorial, generaron un proceso de regresión.

En los inicios de la colonización española la puna fue frontera de indios de guerra y sólo se integró lentamente al mundo colonial, transformándose en un espacio periférico en el esquema de la conquista. La ganadería se transformó en la principal actividad económica y las concentraciones urbanas que existieron en el momento previo a la conquista desaparecieron, dando lugar a un patrón de asentamiento disperso.

Hacia fines del siglo XVIII la población alcanzó un *techo* (alrededor de los 9.000 habitantes)

que sólo sería superada entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando las prácticas materiales de la población, debido fundamentalmente a estímulos externos a esa área, se modificaron sustancialmente.

La práctica de una ganadería trashumante, basada en la cría de ovejas y llamas principalmente, de una agricultura realizada en pequeña escala o la realización de actividades mineras sumamente rudimentarias sustentadas en la extracción de sal y oro, así como la confección de productos textiles, los viajes de intercambio que transformaron a la arriería en una actividad preponderante y vital, en un contexto donde la población no era dueña de la tierra, pero que habitaba por generaciones en el mismo lugar, en un ambiente sumamente restrictivo, con escasa precipitaciones y suelos poco fértiles, son los elementos centrales que prefiguraron el territorio puneño entre fines de la colonia y 1870.

A lo largo de ese período fue aumentando la precariedad de las condiciones de vida de la población. Los habitantes de la puna, además de sufrir la merma de sus recursos, tuvieron que enfrentar, conforme se fue configurando la frontera internacional durante el siglo XIX, la alteración

de sus circuitos tradicionales de abastecimiento de los alimentos que no podían producir, pero que eran centrales en sus dietas. Esas causas hicieron que la población encontrara un *techo* y no superara la cifra de 9.000 habitantes, sumiéndola a su vez en un empobrecimiento general y creciente.

Solamente cuando se modificaron las formas de acceder al trabajo, se mejoraron las comunicaciones o se instalaron grandes empresas mineras, es decir, cuando se modificaron las relaciones entre sociedad y naturaleza, cuando se modificaron las prácticas materiales espaciales, la población creció por encima de ese *techo*.

Tales análisis permiten desvirtuar, por otra parte, una serie de lugares comunes existentes con respecto a la población y la constitución de las familias en la puna, que la asimilaban con las estructuras demográficas y familiares de otras comarcas andinas

La originalidad e importancia del estudio efectuado por Gil Montero no solamente se extiende a la perspectiva del abordaje, sino también al campo metodológico. La autora se pregunta permanentemente si es que los modelos sobre la familia y la población, elaborados principalmente para las poblaciones eu-

ropeas, son aplicables al problema que se propone indagar. Descubre que esos modelos son, en el mejor de los casos parcialmente ajustables a los problemas de la población puneña, señalando, de acuerdo a las precarias fuentes de las que dispone, las modificaciones que deben realizarse a tales modelos para poder efectuar su análisis.

Caravaneros y trashumantes en los Andes Meridionales, se transforma así en un trabajo de referencia para todos aquellos que emprendan estudios sobre la población y la familia en el noroeste argentino.

Para algunos se trata de un estudio de demografía histórica, para otros de geografía histórica o, porqué no, de historia social o historia agraria, lo cual no hace otra cosa que demostrar que más que la disciplina, lo que interesa es el problema que se aborda y las herramientas teóricas y metodológicas que se emplean para su análisis.

En tal sentido, este trabajo de Gil Montero constituye un aporte sustancial no solamente al conocimiento de la puna en un período específico de la historia, sino al amplio campo de las ciencias sociales.